



Obediencia hasta la muerte: la libertad comprometida en la misión¹

Maite Merino, O.P.

1. Obediencia hasta la muerte, ¿qué significa?

¿Hasta cuándo prometemos obediencia o hasta dónde ha de llegar nuestra obediencia?

La primera pregunta que tenemos que hacernos es sobre el significado que hay detrás de estas palabras. ¿Queremos decir que prometemos obediencia para el resto de nuestra vida, siendo la palabra muerte únicamente una referencia temporal? ¿O más bien expresamos que prometemos entregar en obediencia la vida, con todo el ámbito de significados y valores que nuestra existencia posee, haciendo que la palabra muerte adquiera por lo tanto una dimensión de mayor intensidad y significado?

Profesar hasta la muerte es insertar nuestra consagración en lo definitivo, no es manifestar el deseo de llegar hasta el final, sino que es decir lo que seremos, desde ahora, para siempre. Porque la muerte fija al ser humano en su destino, le marca con el sello de la irrevocabilidad. La muerte como realidad une todo el pasado, presente y futuro del ser humano. El pasado y el futuro porque nuestro tiempo termina ahí, ya no hay futuro al que mirar y el pasado está completo. Sólo nos queda el presente, un presente que será eterno. Es consagrar, por lo tanto, todo lo que hemos sido y sellar nuestro futuro, saber que viviremos en el eterno presente de la obediencia.

Prometer obediencia hasta la muerte no es sólo una referencia temporal, sino colocar a la muerte como testigo de nuestro compromiso y de nuestra existencia como consagrados. Sellar definitivamente nuestra vida. Saber que no hay vuelta de hoja. Que a partir de este momento sólo nos queda vivir siempre en obediencia y que esta no se reduce al espacio de tiempo que precede a la muerte física, que es en otra parte donde tiene su origen y su meta, que mi vida en definitiva no es mía, sino de Otro, un don eterno porque no se agota en sí misma.

Tampoco podemos olvidar que nuestras palabras son dichas dentro de un marco eucarístico, justo antes del ofertorio, y que precisamente es cerca del altar donde realizamos nuestra profesión. Esto no es una manera de hacer bonita o más emocionante la celebración. Todo esto no está vacío de sentido, sino que nos convierte en víctimas que se unen a Cristo para la salvación del mundo. Ese día morimos. Llámese una muerte sacramental, espiritual o cada uno le ponga el nombre que mejor lo exprese. Pero ese día nos unimos definitivamente a la muerte de Cristo y estrenamos una nueva y definitiva forma de ser y de existir en la que lo daremos todo. Ningún rincón de nuestra alma nos pertenece. Todo lo hemos entregado y por eso se nos puede pedir todo, hasta la vida.

Por lo tanto hablar de obediencia hasta la muerte no es sólo cuestión de tiempo, aunque este está incluido, sino también de intensidad y de sentido, de hasta dónde somos capaces de llegar en nuestra vida de obediencia.

Obediencia y muerte ¿sujetas al pecado?

Ahora bien, unir la obediencia y la muerte en una frase resulta una combinación peligrosa y no siempre fácilmente soportable por lo que en relación con el pecado tienen ambas. Si hay una constante que se nos repite en la Sagrada Escritura, esta es que por la desobediencia del hombre entró el pecado y la muerte en el mundo.

En el ser humano está encerrado el deseo de trascender sus límites, sus propias fronteras. El deseo de superación, de ser más. Un deseo legítimo y que todos llevamos dentro. Pero la gran tentación es como conseguir esto. Bien como recepción de un don gratuito que se acoge en obediencia alimentándose del árbol de la vida que hay en el centro del jardín, es decir, de Dios mismo como centro de la propia existencia y fuente de nuestra vida, o bien como conquista propia y promoción autónoma, desobedeciendo al mandato de Dios y comiendo del árbol del bien y del mal.

El ser humano está llamado a vivir y existir en obediencia al dador de la vida, a Dios. Pero se dejó llevar por el gran engaño de ver en esta obediencia un límite a la propia libertad. El engaño de una imagen deformada de Dios temeroso de su criatura. El engaño de una imagen deformada de la propia criatura invitada a la autoafirmación, por encima de sus propias posibilidades.

Y esta es la razón del pecado en el mundo. Un pecado que separa al hombre de Dios, de otros seres humanos y de la propia tierra. Todo será fatiga a partir de ahora. Buscar a Dios y entrar en contacto con Él será fatiga. Encontrarse con otros seres humanos será fatiga (que nos lo digan a nosotros que vivimos en comunidad). Sacar fruto y vida de la tierra será fatiga.

Esta ruptura que se produce por el pecado la experimentamos de un modo trágico en la muerte, pues ella nos separa de los seres a los que queremos, nos separa de la tierra cuando, paradojas de la vida, más dentro vamos a estar de ella y nos lleva hacia un lugar en el que dicen que está Dios pero del que nos pueden quedar dudas, como decía uno que se estaba muriendo: “voy a la casa del Padre pero oye, como en la casa de uno mismo no se está”.

Esta realidad narrada en el Génesis sigue presente en nuestra vida. Seguimos fuertemente tentados a ver nuestra obediencia y nuestra muerte como algo “malo” que supone un gran sacrificio aceptar.

Puede que alguno de vosotros piense que a qué se debe todo este discurso sobre el pecado original para hablar del sentido que tiene el hacer voto de obediencia hasta la muerte. El punto de conexión está en nuestro carisma como dominicos: “predicar para la salvación del hombre”. Porque nuestra predicación no consiste sólo en hablar, sino hacer de nuestra vida un espacio de salvación para el ser humano. Nos hemos consagrado a Cristo para dejar que la vida dada por Cristo a la humanidad fluya a través de nosotros a los hombres, a nuestro mundo. Cristo, presentado como el nuevo Adán, nos invita, según dice San Pablo, a completar en nuestra carne lo que falta a sus tribulaciones (Col 1,24) y si la desobediencia introdujo el pecado y la muerte, nuestra obediencia pasando por la muerte puede ser camino de salvación no sólo para nosotros sino para nuestros hermanos.

Es decir, tenemos que ser responsables ante la exigencia de la vocación y de la misión a la que estamos llamados. Nuestra vida está al servicio de la salvación de la humanidad y hemos de tomar en nuestras manos el peso de esta exigencia en cuanto que no hemos de mirar sólo nuestra propia salvación sino ser conscientes de que los demás a través de nosotros también se salvan.

Las constituciones de la Orden dicen al hablar de la obediencia que por medio de este voto imitamos de una manera especial a Cristo, sometido siempre a la voluntad del Padre para la vida del mundo.

Por eso aunque parezca demasiado dicho y conocido no podemos dejar de mirar la obediencia en la persona de Jesús, su obediencia hasta la muerte, como el prisma fundamental desde el que hemos de entender la obediencia que por voto emitimos nosotros y el significado profundo de unir la obediencia y la muerte en nuestra profesión.

2. Qué significó para Jesús obedecer hasta la muerte

2.1. La encarnación, libertad comprometida por la misión

Para Jesús vivir es obedecer: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4,34). Una obediencia que se fue expresando a lo largo de su existencia y le llevó desde la encarnación hasta la cruz.

Encarnación, unos de los elementos claves en nuestra espiritualidad y que muchas veces miramos desde la dulzura de la navidad pero que encuentra su significado pleno en Filipenses 2, cuando dice San Pablo: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo; el cual siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo”.

Si el pecado de Adán y Eva fue el querer hacerse como Dios desde sus propias posibilidades, sin contar con la presencia del Señor, Cristo da la vuelta a esta realidad y Él, Dios, no retiene su divinidad sino que se despoja de la misma, se desviste de su gloria, se desnuda de su divinidad para hacerse siervo de su criatura. Pero se despoja de su gloria que como ser divino le pertenece para entregarla a los hombres, no es un perder por perder, es perder o “morir” para dar vida a la humanidad.

Jesús hace de esta manera de la obediencia no un acto puntual en su vida, sino una actitud que cruza toda su existencia: “mi alimento es hacer la voluntad del Padre” y por ello asume la realidad del hombre en lo que tiene de compleja y limitada, es decir, que compromete toda su libertad, todo su ser divino y humano para la

salvación del hombre. Obedecer para él no es renunciar a su voluntad sino poner toda su libertad y voluntad en la misión y el deseo del Padre. Y deseo subrayar este aspecto que será fundamental en la vivencia de nuestro voto, la obediencia en Jesús no es renunciar a su libertad, sino poner y comprometer en el plan del Padre toda su libertad.

Este despojarse lo hace por amor y obediencia al Padre. Jesús mira constantemente al Padre, sólo vive de la mirada del Padre y de nadie más. Cuando decimos que Dios es amor queremos decir que Dios es un Dios que se entrega y da constantemente, porque el amor es eso, entregarse, vaciarse de sí mismo. Jesús se encarna por amor y amando, dándose, obedeciendo la voluntad de Aquel que es el centro de su existencia, el amor de su vida. Lo demás irá siendo una consecuencia de esta primera respuesta, de esta primera obediencia.

De nuevo retornamos a Adán el cual se escondía de Dios, huía de su mirada y de la mirada de su igual, de Eva. Su desnudez era vergonzosa. Pero Jesús, desnudo de su divinidad, busca constantemente que el Padre le mire. No tiene otro amor más que el corazón de su Padre y por eso hacer su voluntad es su alimento, lo que le mantiene vivo en su misión. No se esconde de su presencia sino que su presencia es constantemente buscada según nos relatan los evangelios cuando hacen referencia a las veces que Jesús se alejaba para orar.

2.2. Una obediencia hecha historia

Pero este primer acto de obediencia, la encarnación, se hizo historia. Tomó cuerpo y realidad en la vida de Jesús. Si en la encarnación se vacía de su divinidad es durante su vida cuando se vacía de su humanidad, la entrega totalmente hasta el punto de llamarse servidor: "que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 10,45).

Es decir: Jesús vive totalmente descentrado de sí mismo. Su humanidad tiene el centro en Dios Padre. Porque desea cumplir su voluntad se da a los hombres hasta las últimas consecuencias: "ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14,30). Jesús manifiesta de esta manera cómo quiere ser servido Dios, como quiere Dios que se le obedezca: sirviendo a la humanidad, vaciándose en el servicio a la misma.

Jesús, el amor mismo encarnado, sólo sabe vivir dándose. No sabe vivir de otra manera porque no hay otra manera de vivir verdaderamente. Al amarnos nos ofrece a los hombres otra imagen de ser humano. Esa que nadie nos ha descubierto pero que es la más hermosa porque los ojos enamorados sólo saben mirar lo hermoso y bello de aquel a quien ama. Nos dice que la verdadera vida está en dejarnos poseer por los otros, en que los hermanos sean nuestros dueños y esta realidad es bella. Es la novedad del evangelio, la novedad del mensaje que Jesús nos trajo, porque fue una vida envuelta por el amor.

A Jesús le perseguían las masas, no le dejaban descansar, y Él no vivía todo esto con agobio o pesadumbre, sino que colocaba la necesidad de los otros por encima de la suya. Siente compasión por aquellos que andan como ovejas sin pastor (Mt 9, 36).

Jesús nos descubre que el hombre no puede vivir más que sirviendo, ofreciéndose a los otros, dándoles todo lo mejor de la propia persona, dejándose poseer por los otros sin condiciones, por amor. La obediencia de Jesús es por lo tanto la antítesis de la obediencia de Adán como señala una y otra vez San Pablo: "Así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno sólo todos serán constituidos justos" (Rm 5,19).

2.3. Expolio final en la cruz

Para Jesús vivir es obedecer, y la muerte se encuentra dentro de los actos de nuestra vida. Por eso para Jesús morir era obedecer.

La muerte a Jesús no le pilló de sorpresa, fue una posibilidad muy real durante su ministerio público como nos hacen ver claramente sus predicciones y sus comentarios a los apóstoles. Era consciente de que tendría una muerte violenta y Él aceptaba esta posibilidad en su vida. La muerte no la acogió de modo pasivo sino de modo activo, porque estaba totalmente implicado en su misión. La obediencia en Él no era una aceptación pasiva de lo que le llegaba, sino que actuaba con iniciativa y energía para obedecer al Padre.

Esta acogida se hace manifiesta en la última cena. En ella Jesús celebra sacramentalmente su muerte, en ella se nos da el significado y la comprensión que Jesús tuvo de su propia vida y muerte. Es en ese momento donde nos dice por qué y para qué muere. Su muerte no es una muerte más. Él tiene conciencia del significado salvífico de la propia existencia y por lo tanto se entrega conscientemente a sí mismo por obediencia al Padre.

Pero esto no es una manifestación de amor espiritual porque los gestos de Jesús en la cena serán reales en la

cruz. No son gestos bonitos sino llenos de dramatismo. Gestos que en ese momento no estaban del todo claro para los discípulos pero que eran figura de su muerte. La obediencia no es sólo una palabra bonita. Prometer obediencia no es un gesto romántico, sino que la experiencia de Jesús nos pone de manifiesto “el costo humano de dolor y renuncia que implica la fidelidad a la obediencia” según palabras del P. Felicísimo Martínez, O.P.

Un momento que nos habla del significado humano y existencial de la misma es la oración de Getsemaní, no porque nos exprese la angustia del hombre ante la muerte o sea una experiencia del abandono de Dios y de los discípulos, sino porque aquí está presente el drama de la existencia de Jesús, el drama de una obediencia que le lleva a ser la víctima para la salvación de la humanidad y por lo tanto, Él el santo, tiene que ser entregado en manos del pecado, del mal y del sufrimiento para hacer nuevas todas las cosas.

Aquí la obediencia se traduce en una verdadera agonía, en un abandono total en la voluntad del Padre, en una confianza absoluta de que el poder de Dios le hará salir triunfador de estos caminos difíciles y enredados; de hacer las cosas según Dios no pensando que son una locura. Jesús no obedece porque así se salva Él aunque no esté de acuerdo. Jesús obedece haciendo de este camino su propio camino, asumiendo como suyas las maneras de hacer de Dios.

La muerte real de Jesús es un acto de obediencia no por coherencia personal sino porque deja que Dios diga la última palabra sobre su vida, aunque esta palabra para Él no sea más que silencio. Y este acto de obediencia se hace desde una opción de libertad, Jesús no padece su muerte sino que la vive hasta sus últimas consecuencias. No importa quién es Él, no importa su dignidad como Dios, no importa todo el bien hecho a los hombres. Lo único importante es obedecer al Padre, porque esa obediencia es manifestación de su amor, del amor que profesa a Dios..